

Semán, Pablo. **Retrato de un lector de Paulo Coelho**. *En publicación: Cultura y Neoliberalismo*. Grimson, Alejandro. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Julio 2007. ISBN: 978-987-1183-69-2

Disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/grim_cult/Seman.pdf

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

PABLO SEMÁN*

RETRATO DE UN LECTOR DE PAULO COELHO

INTRODUCCIÓN

Edílson se presenta como un “loco”, sintetizando en esa idea una construcción personal en la que conviven una versión del amor a los libros, el cultivo de ciertas formas de individualización y hedonismo y la herencia religiosa familiar. Es uno de los seis hijos de un portero de edificio actualmente jubilado y se crió en Leme, un barrio carioca de clase media, pero desde los siete años vive en la *favela* Rocinha¹. En la década

* Investigador del CONICET, Director del Centro de Investigaciones Etnográficas de la Universidad Nacional de San Martín.

1 El término *favela* evoca la imagen de una pobreza material extrema que, en el caso de Rocinha, sólo se confirma parcialmente. Allí viven desempleados y trabajadores informales que padecen los efectos pauperizadores de la guerra que desencadena el narcotráfico, pero también variadas gamas de movilidad social ascendente. De una parte, las generaciones de trabajadores formales que han ascendido inter-generacionalmente, aunando la disciplina del trabajo con los efectos positivos de algunas políticas de bienestar que se iniciaron con Vargas (que tuvieron más alcance en el estado de Río de Janeiro que en otros puntos del país), con los efectos modernizadores del *milagro económico* en cuanto a la infraestructura de la ciudad y los posteriores efectos de las políticas que tendieron a incluir, al menos, a una porción de los *favelados*. Por otra parte, hay *ascensos* que deben mucho al *dinero fácil* que hace circular el tráfico y las oleadas de tecnología abaratada que se derraman periódicamente y contribuyen a crear una realidad bastante menos miserable, aunque infinitamente más violenta de lo que se imagina.

del noventa atravesó una situación que no se diferenció de la experiencia de muchos cariocas de clases populares: trabajaba en una empresa estatal que fue privatizada y, por imposiciones, cálculos y afectos, decidió que era mejor adherir al retiro voluntario que le proponían e intentar suerte en el mundo del empleo privado. Se trataba de un salto en la oscuridad en su vida, que creaba tensión en varios aspectos de su situación. Al mismo ritmo que crecían las dudas (¿tendría suerte si *apostaba al mercado*? ¿Y si apostando a lo que parecía seguro perdía igualmente el empleo?), aumentaba una actividad reflexiva que le servía para encuadrar la situación.

Este es el contexto en el que para Edílson resonaron las lecturas de un Paulo Coelho que asocia al compromiso con los sueños personales, a las ganas de mejorar, a la eficacia de las fuerzas espirituales en su vida personal. No afirmo que sus decisiones y pasos fueran resultado exclusivo de apropiaciones y lecturas de Paulo Coelho, aunque sostenga que esas apropiaciones y lecturas estuvieron entre las fuerzas operantes en la elaboración de su trayectoria. A continuación, y con el objetivo de ilustrar esta propuesta, expondré algunas de las dimensiones de ese encuentro entre Edílson y Paulo Coelho: las relaciones de Edílson con los libros en general, su lectura de *El alquimista* y su forma de encontrar en este autor una referencia ética y épica².

Si se examina la literatura que refiere a la época en que las doctrinas neoliberales gravitaron pesadamente en las agendas gubernamentales, dando lugar a profundos procesos de reestructuración social, podrá observarse que el neoliberalismo en su relación con la cultura es concebido bajo parámetros semejantes a los que enmarcaron la concepción de los procesos de *modernización* (en los que se suceden rupturas, pérdidas y reacciones en un recorrido donde el punto de partida funge como un sucedáneo de *la tradición* y el punto de llegada podría identificarse con la modernidad). En este contexto, las experiencias populares han sido conceptualizadas casi exclusivamente como experiencias de pérdida y resistencia. El uso recurrente de la idea de destradicionalización ha sido, al menos en mi campo específico de estudios, uno de los síntomas que más acabadamente corrobora mis afirmaciones.

2 La investigación está en curso, pero el material referido data del verano de 2002. Una etnografía de la lectura, de lectores que no leen colectivamente o en voz alta en espacios públicos, tropieza con el problema de que casi nunca se observa a los informantes en la tarea de leer. El tiempo de interlocución, los oídos atentos a lo subrepticio y a la cosecha de informaciones complementarias –reseñas escolares de *El alquimista*, artículos de la prensa vinculada a la Nueva Era, diarios íntimos y sesiones de chat en las que los libros son referidos, mi experiencia relativa a los usos de los productos de la industria discográfica– me ayudaron a tener alguna sensibilidad para aprovechar los encuentros con el informante de cuyas lecturas se ocupa este trabajo.

Este trabajo no pretende desconocer esas descripciones ni realizar una discusión de sus presupuestos (que resultaría más que necesaria). Simplemente se trata de ofrecer una descripción en la que aparecen fenómenos que fueron un tanto descuidados y que podrían referirse al capítulo de *las positividadades de la época del neoliberalismo*, al de los procesos en los que las sensibilidades populares han sido transformadas en sentidos contradictorios por valencias de diversas dimensiones del proceso social. Vayamos a los hechos para luego volver a la discusión.

UN CIRCUITO DE LECTURA PARA *EL ALQUIMISTA*

Jorge, un amigo de Edílson, le dio un libro de Paulo Coelho en un momento de inquietud emocional, y el propio Edílson lo hizo circular luego dentro de su grupo de amigos de la parroquia y el barrio, con la recomendación de que era un libro “que no debían dejar de leer” y “que iba a ser importante para sus vidas”. De las manos de Edílson, el libro pasó a las de sus amigos, vecinos y compañeros del grupo parroquial: de Alexandra (que estudia Ciencias de la Educación en la Universidad Católica) hasta las de Leonardo (que trabaja como instructor en una escuela de tenis en el cotizado barrio de São Conrado).

El *interés vital* atribuido al libro se instituyó en el circuito como una de sus marcas. Otra cualidad con la que circuló remitía a su accesibilidad: como afirmaba Edílson, “es un libro simple, no necesité usar diccionario, no tenía palabras que desconociese”. Y si era valorado porque se podía leer sin mayores dificultades, también se le atribuía la virtud de ser fascinante, imposible de abandonar hasta llegar al final: “agarré el libro y no conseguí dejarlo hasta terminar de leerlo. Pasé dos días sin dejarlo”.

Nuestro informante y sus amigos cultivan la importancia y el valor de los libros, y Edílson afirma que “yo soy un poco intelectual. Siempre leí mucho más que mis compañeros”. Sin embargo, sus colecciones de libros parecerían desmentir esa idea: entre algunos manuales sobrevivientes del colegio y la iglesia, entre discos compactos y videos, aparecen unos quince libros que consiguió en cadenas de préstamos como la mencionada.

Cuatro comentarios para destacar cuestiones relativas a este breve resumen de hechos.

El primero es el impulso sobre el que circulan los libros de Paulo Coelho dentro del grupo de Edílson, que poco debe a la autoridad de agentes tales como el profesor, el agente religioso o un imposible bibliotecario, sino que es deudor de la palabra autorizadora del amigo o el miembro de una comunidad de sensibilidad, que la propia recomendación ayuda a densificar.

El segundo es que la lectura se desarrolla a pesar del peso, dentro del grupo social, de opiniones clásica e influyentemente críticas en

relación a quienes *leen mucho* (*leer mucho* es, sobre todo, leer libros y leer libros que jueguen con los sentimientos y emociones o que transmitan saberes reconocidos como valiosos. Leer diarios o revistas no es necesariamente *leer mucho*). La lectura feminizaría al hombre. En parte, por el tipo de actividad física que supone: llegué a oír que “hace perder fuerza” (y es permanente la referencia despectiva a la pasividad que implica el leer). Además se sabe lo que significa, como símbolo de la “debilidad”, el uso de anteojos frecuentemente vinculado a la lectura como una consecuencia negativa de su práctica en exceso. Pero también hay problemas morales que son acarreados por la lectura. Por un lado, no siempre es aceptada la exacerbación emocional que ella puede proponer. Y como si esto fuera poco, la lectura crea un conflicto entre el lector y su medio social al volverlo indisponible, al distanciarlo irritablemente del grupo y sus urgencias cotidianas. Si Edílson se complacía en describir su imagen de sujeto abstraído y concentrado en la lectura, también sabía cuán embarazoso le resultaba rechazar alguna invitación por estar leyendo. Sin embargo, si estamos hablando de lectores, afirmando que estos existen, es porque hay razones que posibilitan superar los obstáculos citados. ¿Cuáles son estas razones? En el ambiente de mis informantes, y entre ellos en especial en el caso de Edílson, operan tres motivos clave en la ruptura del bloqueo: el grado de desarrollo de las capacidades de lecto-escritura gracias a la expansión de la escuela³; la fuerza con que la cultura y la preparación atribuida a los libros y a los lectores pueden ser la fuente de un cierto prestigio; y las vías de promoción y comprensión específicas propiciadas por la religión y la industria cultural.

Una tercera cuestión viene inmediatamente ligada: las recomendaciones que encuadran el uso del libro, de la misma manera que lo hacen las interpretaciones de los lectores, enfatizan la importancia de los libros en la experiencia vital. Ni Edílson ni sus amigos se relacionan con los libros como nosotros –escritores y/o lectores profesionales que destinamos la mayor parte de nuestro tiempo y nuestros esfuerzos a leer y escribir– lo hacemos. La diferencia cuantitativa que se acentúa cuando comparamos nuestras bibliotecas con las de lectores como Edílson no debe, sin embargo, oscurecer el punto cualitativo: esos lectores, en nuestra opinión, esporádicos, consumidores de *romances menores*, viven con ellos emociones que ligan construcciones y decisiones morales, de forma que puede decirse que hacen su vida con libros, organizan con ellos mociones interiores, representaciones y prácticas e informan sus decisiones con imágenes y conceptos surgidos de tales libros. En

3 Una expansión que va más allá de la registrada como efecto de las políticas de la última década, aunque les debe un gran impulso.

el límite, una distinción de modos. Una cosa es hacer la vida entre libros; lo que Edílson y sus amigos hacen es otra: obtienen vida de los pocos libros con los que entran en contacto. El contraste de los modos referidos se acentúa y resulta casi paradójico cuando se considera que una posible distribución social está marcada por el hecho de que, en las culturas profesionales, la lectura de narrativa –otrora considerada central en la formación moral– es casi un pecado, y la lectura sentimental se afina y expande entre aquellos que *leen poco*⁴. En este contexto, no parece casual que los libros circulen a partir de una comunidad de afectos y sensibilidades, y que los propiciadores de lecturas no sean los agentes consagrados por la cultura legítima para la transmisión del conocimiento –sea este secular o religioso.

El cuarto elemento es que una biblioteca entre las personas como Edílson no es lo que nosotros llamaríamos biblioteca. Los libros son importantes por lo que se obtiene de ellos, de cada uno de ellos, en una lectura intensificada por las emociones desatadas o las reflexiones que desencadena, no por su colección en escala, por su disponibilidad inmediata para ejercicios de consulta y análisis o por la articulación y crítica de unas lecturas con otras. Al mismo tiempo, una biblioteca es una composición de objetos de una serie que excede a la de los libros. Estos conviven con productos de otras industrias culturales, reflejando un hecho frecuente: las interpretaciones de los mismos se realizan, muchas veces, a la luz de canciones y, más raramente, de películas.

Al conjugar estas observaciones con el hecho de que la expansión del sistema escolar en espacios como Rocinha ha garantizado, en las generaciones más jóvenes, niveles de alfabetización bastante amplios, concluimos que fenómenos como la lectura de Paulo Coelho tienen una complejidad especial que puede reducirse a una fórmula tensional: el fenómeno se debe a la ampliación de la difusión de las habilidades promovidas por la escuela que crea neolectores, pero también a la fuerza con que se imponen instituciones y mediaciones que tienden a impulsar un ideario divergente de aquel que es vehiculado por el sistema escolar –al menos en la versión idealizada de los planificadores. La escuela enseña a leer, distribuye la competencia técnica, pero los lectores adoptan prácticas literarias que deben, mucho más que a la institución escolar, a fuentes *alternativas*. Lo que sigue demuestra, en parte, este último comentario.

4 Esto podrá parecer exagerado. Pero a modo de tendencia, debe aceptarse lo que señala Spitz (2000: 23): “Leer un libro dentro de la facultad es una señal de esnobismo... una prueba de que la persona se mantiene al margen y de que sólo participa de a ratos de ese torbellino de organización, reorganización, en función de reformas sucesivas, que absorbe la totalidad de las energías disponibles”.

LAS LECTURAS DE EDÍLSON

Edílson decidió encarar los peligros del mercado, con un paso previo por una agencia estatal que ofrecía formación en actividades relativas al turismo. En la elaboración de su decisión pesaron consideraciones heterogéneas, y entre ellas dos, cuyas características y articulación recíproca es preciso resumir.

Por un lado, su decisión no fue exclusivamente individual: el período sin salario que vendría después de su retiro voluntario sería facilitado por su familia, garantizando su manutención en el lapso que excediese el alcance de su indemnización. Además, existen razones que van más allá de esa contribución: la familia intervenía en tal decisión porque sus pasos eran vistos como una cuestión relativa al progreso del conjunto familiar. Las grandes decisiones de cada uno de sus miembros eran siempre parte de un cónclave familiar. Y en el debate de la situación, Edílson contó con una presencia particular: de repente, en medio de la cena, apareció el abuelo, que dijo que deberían apoyarlo y le dirigió palabras de incentivo que le hicieron sentir confianza. “Lo gracioso”, refirió Edílson al concluir su relato, “es que el abuelo había muerto veinte años atrás” y que su presencia espiritual fue compartida por todos los miembros de la familia, que aceptaron su consejo. La posibilidad de este acontecimiento remite a una condición: la existencia de lo que, conforme Birman (1992; 1996) y Duarte (1986: 243), entiendo como el presupuesto de la inmanencia de lo sagrado en lo cotidiano y como una forma de componer los llamados de las diversas denominaciones religiosas entre sí y con la vida familiar. Esta definición resulta pertinente pues el de Edílson no es el caso de un participante de la Nueva Era que construye una experiencia de retorno a lo sagrado, sino el de aquel que ya de entrada está tomado por lo sagrado, inmerso en lo santo⁵.

5 Birman (1992; 1996) desarrolla esta idea al criticar un hipotético ecumenismo popular, derivado de la observación de la apertura de las camadas populares a las diversas propuestas religiosas. La captación correcta de dicha apertura supone, en realidad, el despeje del obstáculo implicado en la proyección indebida de *nuestra* división entre lo sagrado y lo profano y su sustitución por el supuesto de una sacralidad no trascendente y de formas de composición de las diversas religiosidades que se basan en las categorías locales que organizan lo cotidiano. En esa dirección, Duarte (1986: 243), mostrando la centralidad de la categoría de totalidad para las clases trabajadoras, describe un plano “hiperrelacional” que, “conforme la definición de Levi-Strauss, opera a exigencia de un determinismo ‘más imperioso y más intransigente’ (Levi-Strauss en Duarte, 1986). Ese plano de posición más abarcativa de la visión de mundo de los grupos populares supone la íntima conexión entre los planos de la Persona, de la Naturaleza y de la Sobrenaturaleza” (Duarte, 1986: 248; traducción propia) generando una relación específica más allá de las personas. La pertinencia propuesta, que no implica que el conjunto de la experiencia de Edílson se ajuste a la totalidad del modelo del citado autor, remite al hecho de que esa dimensión quizá sea la de mayor duración histórica dentro de aquel modelo.

Por otro lado, es necesario ver que Edílson tuvo en cuenta otra raíz en la elaboración de sus sentimientos y perspectivas futuras. Permítanme resumirla en su recuerdo emocionado de un profesor al que reivindicaba retrospectivamente como mentor. Ese profesor, que ahora era recuperado a partir de la lectura del libro, les decía en clase que él y sus compañeros, habitantes de Rocinha, no eran *favelados* villeros, que no debían asumir como propios los estigmas cargados por la palabra (que “eran pobres”, que “no tenían posibilidades”, que “sólo podían estar relacionados con el delito”) y que su actitud debería reflejarse en formas de vestir, presentarse y pensar que mostrasen que “no estaban esperando algo del gobierno”.

La combinación de estas dos raíces en la resolución de la situación de Edílson tiene matices que me gustaría explicitar. Edílson encontró en la lectura de Paulo Coelho –entendida como parte de un conjunto de herramientas de representación y libidinización de una trayectoria en condiciones en que las interpelaciones, los problemas y las posibilidades eran muchos– una especie de apoyo suplementario para lo que él describe como sus “ganas de progresar”. El “querer vivir mejor”, que para él era la necesidad de asumir los riesgos del retiro voluntario y del mercado, tenía en un párrafo de *El alquimista* una *mise en forme*, una imagen posible, que junto a otros elementos le dio coraje para concretar su salto existencial⁶.

Si su comprensión conceptual del libro *El alquimista* lo llevaba a la conclusión de que es necesario no renunciar a los sueños, existe una serie de imágenes y secuencias que tienen, para nuestro lector, el mayor valor afectivo y que tal vez hayan incidido más y de forma específica. En una práctica de lectura que no apunta al resumen conclusivo, a la crítica o la sistematización de conexiones, una única frase tiene tanta potencia como todo el libro: cada lector encuentra, y no sólo en los libros de Paulo Coelho, un tramo que de alguna forma remite a su situación y que, al mismo tiempo, la modifica porque permite establecerla, fijarla como una posibilidad en el caos de representaciones y emociones. El libro no discute vehementemente las interpretaciones que hacemos de él: en ese sentido, promueve menos alteraciones que cualquier interlocución en carne y hueso. Pero trae otras palabras, otros mundos, y esa diferencia puede exigir, trasladar y cambiar la estructura de recepción que opone el lector. Uno de esos momentos de *altero-interpretación* a la luz del libro lo consti-

6 Puede decirse que este era un salto que Edílson iba a dar de cualquier manera, pues sabía que, aun si no se adhería al retiro voluntario, su empleo ya no era seguro y debía optar en función de otros parámetros: posibilidades de ganancias, minimización de las pérdidas y placer en la tarea a desarrollar. Sin embargo, ello no niega que ese hecho no tenía *per se* una simbolización. Y esto, la posibilidad de contar con una simbolización ofrecida por la lectura, es lo que importa en este artículo.

tuye una decisión del protagonista de la novela que deslumbró a Edílson. Aquel, aparentemente, se estaba conformando con la cómoda posición que había alcanzado en un pequeño comercio y que parecía asegurarle una vida sin sustos, luego de haber atravesado dificultades inmensas al inicio del camino para alcanzar sus sueños. ¿Pájaro en mano o cien volando? Edílson encontraba en esa pregunta una familiaridad con su dilema personal. Pero apenas eso: en tanto el protagonista de *El alquimista* se debatía entre una comodidad que se secaría de alegrías y un sueño sin garantías, Edílson era consciente de que el retiro voluntario era necesario porque no sería raro que la empresa lo despidiera en cuanto cambiase la legislación laboral. De parte de Edílson no podía haber *identificación* y sí captación, quizás dialéctica, del trazo de familiaridad entre su situación y la del héroe de la novela⁷. Así, la lectura presentó una forma posible, y no sin consecuencias específicas, de asumir la constricción de la realidad –recuérdese que Edílson acabó optando por el retiro voluntario. Si no es únicamente a causa de leer a Paulo Coelho que ocurren esos desenlaces, tampoco es sin él que se instaura y define la volición de Edílson, que dice que Paulo Coelho, por la insistencia en el cultivo de la disposición “positiva”, le recuerda lo que promovía el profesor que mencionáramos antes⁸: la confianza en sí mismo como punto de partida y como combustible de una forma de presencia ante los hechos que los obliga a realizarse –“una vez que se decide un camino, se desata una conspiración a su favor”, dice el fragmento que Edílson recuerda como *leit motiv*, como una fórmula existencial. En este contexto, es necesario ver a qué se aplica esta fórmula. Y es preciso decir, entonces, que varios estudios, mi propio trabajo de campo y una parte del mismo diálogo con Edílson muestran otras realidades en la población de las *favelas*: la afirmación del orgullo de pertenecer a ellas, sea porque poseen y se hacen positivas las cualidades que el estereotipo presenta como negativas, sea porque se ostentan trazos que desmienten el estigma. En el caso de Edílson, lo citado anteriormente (la invocación del profesor a superar la condición de favelado) es lo dominante en su trayectoria. Él, como una parte de la población de las *favelas*, prefiere superar cualquier identidad como *favelado*. En esa “voluntad de superación” anida y opera su deseo de “prosperidad”.

7 No se trata de simple *identificación* (en el sentido psicoanalítico), sino de un proceso de simbolización más abarcativo, que viabiliza aquello que describe Petit (2001: 48): “El texto viene a liberar algo que el lector llevaba en él, de manera silenciosa. Y a veces encuentra allí la energía, la fuerza para salir de un contexto en el que estaba bloqueado, para diferenciarse, para transportarse a otro lugar”.

8 Salvemos aquí una posible contradicción con lo que hemos dicho arriba sobre quiénes son las personas que recomiendan eficazmente libros: el mencionado profesor es recordado más por una enseñanza moral que por fomentar determinadas lecturas. En ese sentido, el profesor es parte de la serie de los amigos y de la comunidad de sensibilidad que propagó el libro.

La fórmula que nuestro lector retiene padece de una ambigüedad cuyo sentido se revela junto a otros momentos de la lectura. Si hay una conspiración del mundo, ya no existen hechos absolutamente externos y el individuo de la decisión no es independiente de esa totalidad. No es azaroso que su lectura subraye una idea junto a la anterior: el alma del mundo se alimenta de la realización de los sueños y por eso los estimula, los coloca en cada persona y les da posibilidades de ser realizados. La decisión y el movimiento al servicio de la consecución de un sueño no equivalen a la carrera del *self-made man* o del *entrepreneur*, sino que constituyen un momento parcial del movimiento global que cualifica la operación de Edílson como adhesión, promesa, inscripción en un régimen de intercambios con lo mayor y lo más alto. Así, los sueños, que para una parte de la cultura moderna hablan del deseo como función, materializan para Edílson una vía de acceso al cosmos que regula su destino, a la conjunción entre él y el mundo –incluida la dimensión espiritual. Y de esta forma, en la lectura de Edílson, Paulo Coelho confirma una serie de creencias que implican la continuidad de lo natural y lo sobrenatural, de lo material y lo espiritual y la posibilidad de operar con rituales y acciones el circuito que une esos momentos. Que los sueños son voces de otro mundo es una enseñanza que viene a revalidar y dar nueva vigencia a las creencias afrobrasileñas y espiritistas cultivadas en su hogar.

Esas creencias que se presentaron, como viéramos más arriba, a la hora de la decisión también obran a la hora de diseñar su nuevo rumbo: su actual compromiso con el empleo en el área de turismo, su entusiasmo con la ecología y con la posibilidad de viajar como guía turístico a Fernando de Noronha no son sólo producto de su nueva orientación en el mercado, sino de su *caboclo*⁹ muy fuerte, de su abuela y de su intensa ligación con esa mujer de origen indígena. Es en este contexto de recepción que las nociones espirituales de Paulo Coelho ganan verosimilitud para Edílson y adquieren, incluso, capacidad de reorganización de su dogma personal. Si no debe a Coelho su visión cosmológica, está claro que es con él que esa visión se actualiza: primero, porque encuentra una garantía y segundo, porque la armoniza con el movimiento de *subjetivación* que ya hemos citado antes y que es parte de la combinación singular que Edílson ha producido. En este sentido, puede afirmarse que la lectura de Coelho lo acompaña para producir una atención por sus sueños personales, una responsabilidad por deseos que, en la moralidad de Edílson, deben confluír de alguna forma con los de la familia. Con el Paulo Coelho que lo acompaña en el movimiento en que interroga y protege su voluntad, y con el Paulo Coelho que hace eco de la religiosidad

9 Edílson reivindica una cualidad anímica de orden espiritual: un *caboclo* (un indio), una entidad espiritual del amplio panteón afrobrasileño, incidiría en sus disposiciones.

familiar, Edílson lleva a cabo una síntesis que se parece a la Teología de la Prosperidad o, digamos, a una versión silvestre de esta articulación teológica que, dispersa en el mundo popular a partir del pentecostalismo, coloca en diversas formas de correspondencia la gracia y los bienes materiales¹⁰. Y Edílson, forzado por la transformación del mercado de trabajo, asumiendo esa situación con intención de resolver y capitalizar la turbulencia, articuló a la luz de *El alquimista*, entre otras influencias, una conjunción de premisas cosmológicas, preocupaciones económicas y voluntades de consumo.

Las síntesis de Edílson y de la Teología de la Prosperidad no portan –como se ha afirmado a veces, mecánicamente, de la segunda– la presencia del espíritu protestante según Weber. Parte de la “locura” de Edílson se concretiza en un consumo (de zapatillas, equipos de música y hasta viajes) que sus padres cuestionan, porque contradice la lógica de la formación de un patrimonio que ellos alientan. Por las razones que sea –el corto plazo de sus ocupaciones, el alto costo económico que puede tener el proyecto de las obligaciones y el correlativo aumento del lapso de capitalización o las simples ganas– la posición de Edílson lleva implícito un *carpe diem* que él hace explícito bajo la forma de un reclamo a la falta de comprensión de sus padres y que no guarda la menor familiaridad con la figura clásica del asceta intramundano. Y de la misma forma tenemos, más que racionalización, un movimiento de protección/formulación de los propios deseos aliado a la liberación de un impulso de consumo que, unido al hedonismo, caracteriza un producto complejo y singular.

Edílson, en la encrucijada de interpelaciones y objetos materiales cuya multiplicidad caracteriza la reconfiguración del ambiente sociológico de su existencia, construye una síntesis que presenta efectos que no sólo consolidan usos diferenciales de los mensajes y los objetos disponibles. Más acá del conjunto de funcionamientos que corporizan lo que desde el punto de vista de la sociología (*sensu strictu*) se considera *sistema social*, un trayecto, un esfuerzo de incorporación, una composición adviene –en un nivel que no es simplemente micro, con un operador que no es simplemente ego– construcción de la persona. En ese nivel, nuestro nativo desarrolla sus perspectivas sobre religión, moral y literatura (aun de categorías que trascienden esas divisiones)

10 Algunos autores entienden la Teología de la Prosperidad como un fenómeno restringido al pentecostalismo y hasta a cierto tipo de iglesias. Teniendo en cuenta la difusión de esta teología y la porosidad de las fronteras denominacionales –acción destacada por autores como Sanchis (1997) y Velho (1997)– mostré cómo la Teología de la Prosperidad comenzaba a ser compartida en el conjunto de los grupos evangélicos y hasta en el campo católico. También indiqué cómo estaban presentes las presunciones que permitían conjugar una formulación semejante, aun sin la presencia del catalizador pentecostal (Semán, 1998).

y suscita la imagen de extraerse de una perspectiva *tradicional*. En este movimiento, importa menos eso que el hecho de que su posición actual se describe más vivamente por su singularidad que por la reducción (ciertamente cronocéntrica) a la rúbrica del individualismo o el romanticismo¹¹.

EL AUTOR DEL LECTOR

En cuanto hojeo los libros de Coelho, ella me dice: “para algunos esto es pura invención, pero no es así. Estas son experiencias verdaderas. ¿No ve?”, y mostrando la foto de la contratapa, agrega: “¿no es un tipo poderoso?”. Al igual que la vendedora de una librería y buena parte de sus lectores, Edílson prefiere a Paulo Coelho “porque sabe de lo que está hablando”. ¿Cuál es el poder que tiene Paulo Coelho a los ojos de sus lectores y por el que es preferido sobre decenas de autores de temáticas y recursos parecidos? Este reside en que Coelho transmite su testimonio personal, su trayectoria de vida. Tal trayectoria es caledoscópica y, de cierta forma, divergente de la del hombre de letras, incluyendo en esta categoría a los autores que no tienen ninguna pretensión literaria y todas las *comerciales*. Y no se trata solamente de su trayectoria *irregular*, puesto que muchos literatos también la poseen, y sí y fundamentalmente de los efectos de esta trayectoria en sus posibilidades de interpelación, en el tipo de aura que el autor adquiere delante de su público. Esas características son las que surgen de los momentos autobiográficos de sus libros, de las presentaciones en los medios que preceden al lanzamiento de sus ediciones y a partir de las cuales nace en los lectores esa imagen de sujeto *poderoso*.

Paulo Coelho nació en 1947, en Río de Janeiro, en el seno de una familia de clase media. La ansiedad que los padres depositaron en la carrera universitaria del hijo se agravó con la decepción que trabajó como estudiante apático y sin mucho éxito. Enseguida vendrían la internación en una clínica psiquiátrica, que aparentemente fue parte de las retaliaciones familiares, y las fugas de la misma, que hicieron de Paulo Coelho un joven rebelde. En ese sentido, se sucedieron experiencias de búsqueda e innovaciones estéticas que, en el caso del autor, estuvieron al servicio del sueño de ser actor y aparecieron en la prensa

11 Esta me parece una *tentación posible*, pero no necesariamente admisible. La afirmación de los lectores de que la lectura de Coelho, y de diversas obras de *autoayuda*, los lleva a pensar en las posibilidades de mejora y transformación personal no implica el desarrollo de un *neoromanticismo* o de un *individualismo expresivista* (D’Andrea, 1997). Y no es por una cuestión de jerarquía de los fenómenos culturales que se comparan, sino por el hecho de que de la coincidencia de partes no se deduce la igualdad de la totalidad de la configuración que, además, sobredetermina el valor de los elementos *equivalentes*.

alternativa, ligada al mundo del rock. Conoció a Raúl Seixas, entonces productor del sello CBS en Brasil, con quien entabló una amistad y una sociedad artística en la que decenas de canciones escritas por Coelho fueron cantadas por Seixas. En esas letras, Coelho se mostró contrario al *sistema*, al que atribuía despersonalización, expropiación de la voluntad, conformismo y mediocridad estética. El origen de estos temas éticos se apoyaba en las tradiciones de la contracultura que inflamó los ánimos de las juventudes de los años sesenta y setenta. Pero en su caso, no pesaban solamente los ideales de autonomía y rebelión que se alzaban contra el consumismo, las burocracias y las opresiones sexuales y sociales. Paulo Coelho también militaba en un grupo dedicado a movilizar fuerzas sobrenaturales: experiencias destinadas a interferir en la vida de otras personas que él ahora llama Magia Negra, y que lo llevaron a un traumático *encuentro con el mal*. La trayectoria previa al éxito literario incluye otro episodio trágico. Como muchos jóvenes de su época, y a pesar de la distancia que separaba a los *hippies* de los revolucionarios, fue víctima de detenciones y torturas.

En los años ochenta y noventa alcanzó la posición de maestro de vida que le dio su público y que construyó con libros, columnas en diarios, presentaciones personales que trabajan en la sistemática exposición del perfil que el público reflejaba. En su centro, esa biografía tiene un trazo que resulta ejemplar para sus lectores: Paulo Coelho es alguien que llevó al límite algunas experiencias y retornó de los lugares más peligrosos con la sabiduría que le hizo ver que no debía renunciar al bien que buscaba, sino que este se encontraba en otro lugar. Muchos de los lectores de Coelho identifican sus dilemas y peligros con algunos de esos momentos y entienden que su capacidad literaria reside en el carácter testimonial de su literatura (sus letras): pasó por lo que los lectores pasan, y además de eso, ya resolvió lo que ellos aún deben resolver. Sus palabras poseen, sostienen, la verdad que deriva de la experiencia y no sólo de sus dotes como escritor. Así, reconocen en el autor al protagonista de un viaje existencial que tiene un final provechoso. Es dicha experiencia la que, frente a esos lectores, lo torna un hombre especial, un iluminado. Es por eso que para lectores como Edílson, los libros no son independientes del autor, y es por eso que Paulo Coelho no es para ellos un escritor y sí una referencia ética que completa la literaria.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí he señalado los puntos de paso del movimiento que, uniendo lectores y literatos, hace prosperar comunidades interpretativas y, junto con ellas, sensibilidades y éticas. Sin la transformación de la estructura social brasileña, sin clases medias bajas que hayan aprendido a valorizar los libros, sin generalización de las competencias letradas,

sin la contradictoria desorganización del cuadro social de la Era Vargas, sin un acervo de creencias que componen sus expectativas, es posible pensar que Paulo Coelho encontraría menos o, en su defecto, otras sintonías. Pero sin Coelho, Edílson y la trayectoria que interioriza esas y otras condiciones tendrían menos material para construir su síntesis moral e ideológica. Los dos niveles de análisis son diferentes y deseo proseguir con una consecuencia que se articula a partir de este último.

Me gustaría recordar un dato al que nos referimos inicialmente: Edílson, como una parte de los miembros del circuito articulado por el curso del libro, es un católico activo en su parroquia. En sus conversaciones conmigo, sintió que debía aclarar lo que para él aparecía como contradicción entre el discurso *franciscano* del padre, de quien es amigo, y sus aspiraciones *extravagantes* y me explicó que, en la tensión, opta por sus “verdades personales”.

Este marco de discusiones debiera dejarnos una impronta más elaborada en futuras consideraciones de estos fenómenos. Pero por ahora, deseo señalar dos cuestiones a las que este artículo apunta de forma deliberadamente implícita. No hemos planteado ni intentado responder preguntas acerca de la calidad de la literatura de Paulo Coelho. Todo lo que teníamos para decir es que, en un caso como este, la literatura espiritual contemporánea permite el desarrollo de una reflexión y una imaginación que hace posible la inserción activa en tramas sociales que los antropólogos suelen llamar post-tradicionales. Hemos intentado dejar evidenciado el carácter socialmente estratégico que tienen estos libros que, tal como señalara Giddens (1992: 74-75):

Son textos de nuestra época, en cierto sentido comparables a los manuales medievales de conducta, utilizados por Norbert Elias, o a las obras de etiqueta utilizadas por Erving Goffman en sus estudios sobre la norma de interacción. Corresponden a procesos de reflexividad que esbozan y ayudan a conformar.

La relación entre esta nueva educación sentimental y la evolución social y política escapa a las posibilidades analíticas que ofrecen mis datos, pero algunos de los que oyeron o leyeron las versiones previas de este artículo han discernido en Edílson a un portador *salvaje* del “nuevo espíritu del capitalismo” descrito por Boltanski y Chiappello (1999) y caracterizado por la clausura de la crítica social. Si otro lector tiene esa impresión, quien suscribe este artículo se sentirá más que satisfecho, pues intentaba mostrar sin declararlo que Edílson es una de las positivities culturales de la época, del encuentro entre los sujetos de las sociedades del populismo ya a la deriva (con las expectativas e inconformidades que dejó como impronta) y los discursos y recursos puestos en juego por lo que mal y sintéticamente podemos llamar neoliberalismo. Edílson, aunque nos simpatice menos que un

piquetero o un sin tierra, no es mero despojo, sino resultado y causa de las transformaciones del último cuarto de siglo en Latinoamérica.

BIBLIOGRAFÍA

- Birman, Patricia 1992 “Modos periféricos de crença” en Sanchis, Pierre (org.) *Catolicismo: unidade religiosa e pluralismo cultural* (Río de Janeiro: ISER).
- Birman, Patricia 1996 “Religião em família: entre crentes e não crentes”. XX Reunión Anual de ANPOCS, Caxambu, mimeo.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Eve 1999 *Le nouvel esprit du capitalisme* (París: Gallimard).
- D’Andrea, Anthony 1997 “Cristianismo New Age: O caso de Paulo Coelho”. Presentado en el Centro Loyola de Fé e Cultura, 19 de mayo, mimeo.
- Duarte, Luiz Fernando 1986 *Da vida nervosa das classes trabalhadoras urbanas* (Río de Janeiro: Jorge Zahar).
- Giddens, Anthony 1992 *A transformação da intimidade: sexualidade, amor e erotismo nas sociedades modernas* (San Pablo: UNESP).
- Jauss, Robert 1978 *Pour une esthétique de la réception* (París: Gallimard).
- Lewgoy, Bernardo 2000 “Os espiritas e as letras: um estudo antropológico sobre a cultura escrita e oralidade no espiritismo kardecista”. Tesis de doctorado, Universidade de São Paulo, mimeo.
- Petit, Michéle 2001 *Lecturas del espacio íntimo al espacio público* (México DF: FCE).
- Sanchis, Pierre 1997 “O campo religioso contemporâneo no Brasil” en Oro, Ari y Steil, Carlos (orgs.) *Globalização e religião* (Petrópolis: Vozes).
- Semán, Pablo 1998 “Los filtros populares en la recepción de la Teología de la Prosperidad”. XXII Reunión Anual de ANPOCS, Caxambu, mimeo.
- Semán, Pablo 2002 “Literatura e religião na sociedade contemporânea” en *Imaginário* (San Pablo: USP) N° 14.
- Spitz, Jean Fabien 2000 “Les trois miseres de l’universitaire ordinaire” en *Le Debat* (París) N° 18.
- Velho, Otávio 1997 “Globalização: antropologia e religião” en Oro, Ari y Steil, Carlos (orgs.) *Globalização e religião* (Petrópolis: Vozes).